



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra:                                       ¿Fin o renacimiento del pensar utópico?

Autor:   Cerutti Guldberg, Horacio Victorio

Forma sugerida de citar:                           Cerutti, H. V. (1995). ¿Fin o renacimiento del pensar utópico?. *Cuadernos Americanos*, 2(50), 130-136.

Publicado en la revista:

Datos de la revista: ISSN:

0185-156X

*Cuadernos Americanos*

Nueva Época, año IX, núm. 50, (marzo-abril de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.  
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,  
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## ¿FIN O RENACIMIENTO DEL PENSAR UTÓPICO?

Por *Horacio CERUTTI GULDBERG*  
CCYDEL, UNAM

*Especial para Cuadernos Americanos  
en el número 50 de su Nueva Época*

*L*AS CIRCUNSTANCIAS de la hora actual son graves, y delicadas las decisiones que inexorablemente se deberán tomar. ¿Estará la inteligencia americana a la altura de estos tiempos? ¿Serán esas decisiones las más adecuadas para el presente y futuro de nuestras grandes mayorías marginadas de participación en la vida colectiva y de los beneficios de la riqueza que ayudan a crear? Los interrogantes de la hora son muchos y las demandas que comportan urgentes. Los foros como el que constituye esta revista deben multiplicarse, la opinión debe ser arriesgada, no es momento de callar.

*Por eso cabe la felicitación a Cuadernos Americanos en su Nueva Época. Por enfrentar a la discontinuidad tan propia del subdesarrollo económico y mental, al prolongar acumulativamente una tradición de más de medio siglo.*

*Si tenemos tarea los intelectuales, una de ellas es compartir públicamente nuestras reflexiones y asumir la responsabilidad colectiva que conllevan. Anhelos que se habían declarado obsoletos resurgen hoy con renovadas fuerzas. Debe anotarse que casi nadie advirtió cómo los fines de la historia, tan solemnemente decretados, habían sido descartados ya, casi avant la lettre, por latinoamericanos perspicaces. También lector de Hegel a través de Kojève, el brasileño Oswald de Andrade, en A crise da filosofia messiânica, su tesis para optar al profesorado en la Universidade de São Paulo en los años cincuenta, no sólo no llega a la conclusión del fin de la historia, sino que adelanta su apertura. Lo que se acaba, según su crítica al estalinismo, es lo que denomina la filosofía mesiánica. Después de esta etapa paternalista lo que se abrirá es una etapa matriarcal, ¿hoy diríamos feminista?, de*

*solidaridad y participación democrática para el conjunto de la humanidad. Así, la interpretación del latinoamericanista antropófago de la cultura occidental se revela, para quien quiera y valore releerla, como sumamente creativa y original. En todo caso, como más pertinente para nuestros contextos y necesidades.*

*Muchos sienten, ante las perplejidades y el cinismo del mundo actual, que la única salida es refugiarse en los principios, atrincherarse en la dignidad y buscar salidas eticistas a cualquier costo. Creo que hay que explorar con más vigor, imaginación y rigor teórico otra vía, complementaria quizá: la de hacer posible —colectivamente, por supuesto— lo aparentemente imposible o lo fácticamente imposible en los marcos dados. Éste es esfuerzo utópico, con todo lo de creativo que tal esfuerzo comporta. Así lo creía el utopista que fue Jesús Silva Herzog:*

*¿Pero, qué es lo que está pasando en nuestro planeta? Lo que está pasando —ya lo dijimos antes— es que el mundo se halla sumergido en la crisis más honda de la historia del hombre. Crisis total; desigualdad entre los países; países ricos y países pobres; países pobres que ya no quieren seguir siendo pobres; países ricos que lo son gracias a los países pobres, a los que han explotado por decenios y decenios. Dentro de cada país, ricos y pobres y los pobres ya no quieren ser pobres y los ricos son ricos muchas veces por la pobreza de los pobres. . los caminos parecen cerrados, parece que en los próximos años no podrán realizarse cambios sustantivos: 20 años, 30 años, 40 años. De aquí que se puede con buenas razones ser pesimista a la corta; pero hay que ser optimista a la larga, no hay ejemplo de una sociedad que se haya suicidado en el curso de los siglos.<sup>1</sup>*

*Por eso no he encontrado mejor modo de congratular a Cuadernos en su 50a. entrega de esta Nueva Época que seguir apostando por la utopía en tiempos de su decretada muerte. Simbólicamente mi apuesta por el futuro, ámbito de cruce de peregrinos y exiliados, no puede menos que estar encarnada en quienes son objeto de la dedicatoria de este trabajo.*

<sup>1</sup> “Las utopías del Renacimiento”, cito este texto de 1976 según la versión que aparece en *Antología; conferencias, ensayos y discursos*, México, UNAM, 1981, pp. 78-79.

*A Jimena y Adrián, mis hijos*

MUCHOS avatares ha experimentado el pensamiento utópico desde que en la Grecia clásica Platón exigía un máximo de reglas y de institucionalización programada de la vida en común dentro de la república ideal. Hoy, a punto de ingresar en el tercer milenio, la humanidad parece requerir justamente de lo contrario: de mayor libertad, autonomía y espontaneidad; mientras, se relega la planificación a un segundo plano. Casi podría afirmarse que nuestra utopía contemporánea pide exactamente lo contrario que la utopía platónica o renacentista. Estamos cansados del reinado aristocrático de los sabios, de los tecnócratas, de los políticos profesionales, de los militares, del clero. Todos quisieran decidir acerca de su destino, de su tiempo, de su cotidianidad, de sus necesidades y anhelos, de su compartir y convivir con la naturaleza y con sus prójimos, de su ocio. Nada de horarios rígidos, mucho menos de controles. Poca supervisión, menos reglamentos o rutas críticas con tiempos prefijados o *deadlines* a cada paso. Si Tomás Moro —el santo del Renacimiento inglés, amigo de Erasmo y creador del neologismo “utopía”— pretendía organizar hasta la vida sexual de sus felices utopianos (situados en un lugar de América que sin duda alude al Caribe y quizás a la mismísima isla de Cuba), hoy ni siquiera el terror ante el pestífero SIDA es suficiente flagelo como para renunciar al libre arbitrio individual sobre el propio cuerpo.

En suma, “utopía” —“no hay tal lugar”, traduce genialmente Quevedo— o “eutopía” —lugar feliz desde el comienzo— ya no puede significar en nuestro mundo, implacablemente mundializado por primera vez en la historia humana, nada de estos controles, geométrismos o urbanismos impuestos que distribuyen mezquinamente espacios y tiempos. El individuo de nuestros días procura participar —más allá o más acá de etnias, religiones, culturas, ideologías o adscripciones políticas— en la gestión de su propio destino. Quiere decidir sobre sus pasos presentes y futuros, tiene la osadía de desafiar al poder establecido (*statu quo*) y, colectivamente, genera un contrapoder cuyas reglas de funcionamiento escapan a la comprensión común. No reglas, no planificación, no imposiciones, no postergaciones para satisfacer demandas, no mutilación del individuo en supuesto beneficio de la comunidad. Este gran rechazo se presenta como un gran esfuerzo de intervención en los espacios y en los ámbitos reservados tradicionalmente a

las élites. Pareciera como si la sociedad de masas lo invadiera todo con su aire renovador y demoleedor de muros, mitos, prejuicios, tabúes. ¿Muere también el pensamiento utópico? ¿Será la utopía una reliquia del pasado caduco? ¿Cesará el hombre de utopizar junto con el descrédito que sufre el mito del progreso? ¿Quedará la utopía rebasada al mismo tiempo que una modernidad tecnocrática y racionalista, la cual no ha sabido cumplir todavía —y quizás no pueda hacerlo nunca— con las crecientes expectativas de sus promesas?

En la vida cotidiana tendemos a confundir la utopía exclusivamente con el ideal de lo deseable, con el paraíso recuperado, con la sociedad reconciliada, con lo que debería ser, con lo que quisiéramos que fuese, con un mundo o sociedad o estado otro, distinto, alternativo totalmente a lo dado: el mundo de las maravillas. Nuestro pesimismo de lo real vigente contrasta fuertemente con el optimismo utopista por el ideal. Pero, en verdad, conviene concebir rigurosamente lo utópico como una bisagra, como un procedimiento de compaginación o articulación entre lo real y lo ideal. Cuando identificamos exclusivamente lo utópico con lo ideal deseable le hacemos perder mucha de su fuerza operatoria en la sociedad. Conviene entenderlo, entonces, como aquello que permite mediar entre lo real insoportable y lo ideal deseable y —paradójicamente— posible... siempre y cuando se tomen los medios para alcanzarlo, construirlo, organizarlo, lograrlo. Concebido de este modo lo utópico (como categoría histórico-antropológica y dispositivo imaginario sociocultural) adquiere toda su fuerza la dialéctica del “ya, pero todavía no”. De aquello que “ya” podemos anticipar en la historia, experimentar en la cotidianidad presente, “pero” que “todavía no” alcanza su plenitud; esa plenitud por la que vale la pena trabajar, sacrificarse, disciplinarse, incluso dejar de gozar ahora, postergar el gozo...

En una sociedad regida por pautas consumistas cada vez más aceleradas (por tanto con un ritmo mayor de obsolescencia), exigentes y destructivas, es curioso que pueda pensarse, imaginarse siquiera una sociedad alternativa. Era el círculo vicioso del cual no podía salir Marcuse en aquellos días auspiciosos de 1968. Si la sociedad determina las necesidades y los modos de satisfacerlas de sus integrantes ¿de dónde saldrían seres con otras necesidades alternativas? ¿Quiénes convocarían a la construcción de la nueva sociedad? Sólo la “solución” un poco mágica del Gran Rechazo podía garantizar mínimamente esta propuesta. Pero, ahora, en nuestros

días de dos décadas después, la crítica producida por la sensibilidad posmoderna al mito ilusorio del progreso parece demoler también toda perspectiva utópica. Un horaciano *carpe diem* recorre nuestro momento espiritual y lo llena en todas sus dimensiones. Sin embargo, se difunden confundidas al menos dos interpretaciones posibles de ese *carpe diem*. Una, la bellísima interpretación del gozar plenamente el día como una invitación a agotar las posibilidades vitales, a responsabilizarse históricamente con una vida propia que no podrá vivirse en plenitud más que una vez. No hay que desaprovechar un segundo, hay que respirar por todos los poros y sorber el tuétano de la vida. Es el sentido recomendado, peligroso, doloroso y fecundo que aparece en la película *La sociedad de los poetas muertos* (*Dead Poetry Society*). Constituye un llamado a los jóvenes para enfrentar su propia espontaneidad, un llamado a la responsabilidad, al sentido de la oportunidad, a la prudencia para imponer la propia decisión frente a una sociedad que reclama de cada generación un esfuerzo renovado de integración y convivencia cultural e histórica.

Pero hay otra interpretación más clásica del *carpe diem* y que actualmente recorre el mundo como un fantasma. Es aquel desencanto que llama a la desesperación inmediatista, a la fuga de la historia y de la responsabilidad, a la aceptación desconsolada y fatídica de todo como está, porque mañana puede ser siempre peor, y entonces de lo que se trata es de gozar hoy. No debemos preocuparnos por el mañana, porque es incierto. Nada de responsabilidades, porque el futuro no depende de nosotros; es inmodificable. No hay mañana, no hay futuro. Sólo hay sino, destino nefasto, y no tiene ningún sentido intentar siquiera concebir una alternativa. Mejor es acomodarse y adaptarse a las migajas soberbias que este mundo puede brindar en el presente. Es obvio que en esta fuga —fruto de un mundo lujoso, pervertido, decadente, en el momento del ocaso imperial que se confunde con el apocalipsis— sólo puede uno atenerse a salidas mágicas o a la política del avestruz, ya que al esconder la cabeza bajo las alas parece que el mal o el peligro desaparecen o dejan al menos de ser visibles... ¿Cómo remontar este estado de anomia y depresión colectiva, de desesperanza y angustia, esta búsqueda feroz de ensueños si no es en la química de las drogas o en la música del ruido o en la vorágine de la velocidad, huidas todas de aquello que aparece inmodificable o ineluctable, que ordena y desordena, que condiciona totalitariamente nuestras vidas? Sólo resta la ilusión de una decisión personal: “goza ahora huido en el desenfreno porque no hay mañana, y si acaso constatas dolorosamente que lo hay, huye en el delirio provocado”.

Sin embargo, la vida en plenitud viene asociada con el deseo de prolongación del goce. El amor, si se agota presuroso, sabe mal. La experiencia insustituible del amor ansía y exige duración eterna, pero no de una eternidad inhumana sino histórica. Por eso se renueva cada día la búsqueda del ideal, la lucha por un mundo soñado que puede ser la experiencia reforzadora del *ya, pero todavía no*. Estos procedimientos culturales aseguran la convivencia con lo utópico; con ese lugar que no hay todavía, pero que ya brilla en nuestro interior. Un lugar no asociado necesariamente al totalitarismo y a la imposición sobre los demás de lo querido por uno o por unos pocos. Es un lugar deseable siempre y cuando se pueda decidir en libertad sobre cómo y de qué manera gozarlo. La garantía de estas decisiones sobre cómo y cuándo gozar del lugar soñado permite sostener una relación racional con esta dimensión que acompaña desde siempre al ser humano. Una dimensión sin nombre antes del choque que produjo el ingreso de América en una historia que sólo a partir de entonces tuvo carácter mundial.

La utopía ha sido frecuentemente descalificada, porque se la piensa como un obstáculo a la sociedad abierta: constituye su enemigo más grande y peligroso. Aunque, con más perspicacia, cabría verla como la única garantía de apertura de una sociedad que, aun declarándose plural y tolerante, no siempre permite amplias libertades. La sociedad utópica, soñada, se vislumbra en cambio como una obra abierta, siempre mejorable. Sus características se pueden enunciar como una serie de afirmaciones muy valiosas.

Afirmación del progreso, después de la muerte del mito del progreso. Afirmación de lo humano, después de la muerte del hombre. Afirmación de la comunidad, después del advenimiento de la sociedad de individuos unidimensionalizados, *estandarizados*. Afirmación del individuo frente a una masificación forzosa y estupidizante. Afirmación del amor, en lugar del odio. Afirmación de la cooperación, en contra de la competencia perfecta que nunca pudo ser tal. Afirmación de las decisiones políticas, frente a la mano negra que regularía los intercambios justos. Afirmación del deseo de igualdad, en un mundo que predica la libertad de los condenados a permanecer siempre desiguales en posibilidades. Afirmación del valor de la diferencia, frente al mito uniformizante y totalitario de la homogeneización forzosa. Afirmación de la vida, del futuro, de la solidaridad, de la justicia y de la paz, frente a la violencia, la muerte, el hambre, la desocupación abierta o disfrazada, la tortura, el genocidio, la guerra. Sus posibles ciudadanos —los de la ciudad



utópica— aprecian la vejez en un mundo de jóvenes y tienen esperanza en los jóvenes a pesar de que la civilización segregue a unos y a otros. No temen a cierta anormalidad en un mundo agobiado por las normas. Rechazan firmemente todas las patologías impuestas por la normalización de unas relaciones que de humanas tienen muy poco.

Quizá mediante un reacomodo de la capacidad perceptiva del individuo y de la sociedad sea factible abrirse a posibilidades insospechadas desde una cotidianidad trivializante y reiterativa. Hace falta fe en la virtualidad de lo no sido y un repudio a la presunta necesidad de que lo por ser debe resultar invariablemente una copia, una calca, una repetición de lo ya sido. Hay que ensanchar nuestra capacidad de asombro, de compasión, de frescura para lo otro y para los otros. Hay que dejar ser, ayudar a que los otros sean, ejercer el socrático arte de la partera. Ésta es tarea de la utopía actual. Sin reglamentos intolerables, con cuidado de no reiterar un insufrible *statu quo*, el cual se quiere traspasar, trascender, superar, modificar.

El pensar utópico permite —como hemos visto— articular un diagnóstico crítico de lo que es con un pronóstico de lo que debe ser o se desea que sea, sin caer en la falacia naturalista de confundir el ser con el deber ser. Siempre separados, pero siempre relacionados. Desde uno se piensa el otro, desde el otro se decide por el logro del uno. Éste es un pensar que permite combinar la negación de lo insoportable con la afirmación de lo deseable, la saturación de lo sido con la novedad de lo por ser, el pasado vigente con el futuro que nos tienta, una dialéctica negativa y una afirmativa.

Probablemente renace ahora o puede renacer (*nouveau départ*) la utopía con la pretensión no deseable de que el reconocer pueda ser entendido de otro modo que como sometimiento. El lugar del reconocimiento mutuo podría ser ese lugar digno al que todos deseáramos respetuosamente aproximarnos en un futuro lograble y no frustrante.

La utopía nos seduce con su capacidad para evitar el aburrimiento y el hastío que nos produce lo que permanece inevitablemente igual y nos permite disfrutar de lo que nos asusta con su novedad y diferencia. Pensar así utópicamente es un derecho irrenunciable, mientras haya vida humana que merezca el nombre de tal en este planeta.